

Entre las varias ideas que agitaban la Alemania descollaba la de constituir la unidad nacional por medio de una confederación de Estados. A este fin hubieron de concertarse, sin mas mandato de nadie que la inspiración propia, hasta cincuenta profesores, sabios, literatos ó filósofos, que se reunieron en Francfort como en asamblea deliberante, creyendo que con su sereno y majestuoso discurrir iban á sobreponerse y á prevalecer sobre aquel tumulto y estruendo de reyes y de pueblos enfurecidos, donde parecía que no había quedado mas órden ni mas ley que la fuerza. La calma de estos sabios que discutían tranquilamente en medio de tanta confusión y barandía halló gracia á los ojos del público y eco en el corazón de la muchedumbre. De aquí que los sabios cobrasen ánimo y se proclamasen dieta constituyente. Príncipes y pueblos aplaudieron la determinación; obedecieron á la convocatoria que hizo la dieta y enviaron á ella sus diputados. La asamblea avanzó mas; quiso fundar un poder central y le fundó, eligiendo vicario imperial al archiduque Juan de Austria. La antigua dieta, representación de los príncipes, quedó disuelta. La nueva, armada como de poderoso talisman del principio de la unidad germánica, hizo que hasta Prusia y Austria humillasen las frentes ante ella y reconociesen su supremacía. No tardó, sin embargo, la dieta en estrellarse contra mil dificultades, al querer realizar el pensamiento de la unidad de la patria, y hasta la propia unión que había entre los diputados, merced á dicho pensamiento, vino á romperse, al querer realizarle, convirtiéndose en espantosa discordia. Los elementos heterogéneos, las radicales diferencias, así en el pensar como en el sentir, así en religión como en filosofía, ya elevándose á los primeros principios, ya descendiendo á las mas prácticas aplicaciones, dieron entonces muestra de sí, primero en acaloradas discusiones y en hechos violentos por último.

A fin de realizar la unidad germánica, decretó la asamblea la anexión del Schleswig y del Holstein que á Dinamarca pertenecían. Prusia se encargó de hacer la anexión. Empezó la guerra. Intervinieron como mediadoras otras potencias. Hubo armisticio. La dieta tuvo que aceptarle; pero la minoría enojada buscó apoyo en las turbas, y, sublevadas estas, movieron en la ciudad de Francfort un sangriento motin, en el cual fueron asesinados varios individuos del Parlamento, y con refinada barbarie el príncipe de Lichnowski. La dieta, restablecido el órden, volvió á sus trabajos; pero estos eran tan contrarios á los intereses de Austria que Austria renegó pronto de la dieta. Como las miras ambiciosas de Prusia eran por ella favorecidas, Prusia siguió siéndole benévola, y su Rey estuvo á punto de aceptar, aunque con recelo y repugnancia, el título de emperador, no hereditario ni vitalicio, sino por seis años.

No tardó, con todo, en levantarse el republicanismo en el seno de aquella asamblea. Sus apóstoles hicieron desde ella que los pueblos oyesen su voz. Grandes conmociones se siguieron. El Rey de Wurtemberg se vió humillado por sus súbditos; el soberano de Baden, expulsado por sus tropas, y Sajonia y Baviera se sublevaron. El Rey de Prusia conoció entonces que la dignidad imperial que le habían conferido era risible y peligrosa y se negó á aceptarla. De esta suerte apartó su favor y su amistad de la dieta y procuró hacer por otro medio la confederación alemana.

El Parlamento de Francfort, abandonado ya, apeló en balde á los ejércitos y á los pueblos, que no le hicieron gran caso, y acabó por extinguirse oscuramente.

Tanto estos movimientos de Alemania, como los de Italia, que mas detenidamente hemos referido, y como los de otras naciones de Europa, porque la revolución se propagó y prendió en todas partes, á modo de chispa eléctrica, aunque fueron movimientos grandes y pavorosos de suyo, todavía llegaron magnificados á España por la fama y por la distancia, haciendo concebir á las clases conservadoras una idea mas tremenda de la revolución y un mas alto concepto de Narvaez que sabía atajarla y reprimirla con firme y dura mano. Pero lo que mas contribuía, no ya solo á aumentar la reputación de Narvaez, sino á exagerar entre los conservadores el espíritu de resistencia y á llevar al último extremo las doctrinas filo-

sóficas, religiosas y políticas, convirtiendo el credo conservador en credo reaccionario, era el socialismo que, desde la región de las ideas, donde apenas en España le había visto nadie, había descendido ya en Francia al terreno de los hechos, y pugnaba por entrar prácticamente en la vida social. El proletariado, que tanto había contribuido á la expulsión de Luis Felipe y que se juzgaba ya soberano verdadero, no se contentaba ni aquietaba con los mas amplios derechos políticos, que no le sacaban de su miseria, y pedía, con las armas en la mano, en asonadas y motines, reformas sociales que propendiesen á una mas equitativa distribución de los bienes de la fortuna y de los gozes de la vida. Esto fué lo que mas conmovió los corazones y lo que mas preocupó las inteligencias.

Refiriéndose á aquella época, dice elocuentemente el señor Cánovas, en su Introducción al libro de Pastor Díaz, titulado *Los problemas del Socialismo*: «Los gobiernos militares de Berlín y de Viena no aciertan á resistir á los populares levantamientos, y caen como heridos del rayo. Esto, al tiempo que la raza eslava discute sus propios derechos en Praga y la alemana en Francfort, sin tener mucho en cuenta los intereses de sus príncipes; al tiempo en que la Hungría toma, en fin, las armas, y levanta contra el áulico imperio, cuya sustancia era, ejércitos formidables. La lucha, así, de ideas y de razas se suscita y mantiene á hierro y fuego, al Sur y al Norte, al Oriente y al Occidente, en un propio punto. Y por remate y cruel corona de todo, despues de luengos siglos de señorío, indisputado y sereno, en las dos orillas, etrusca y latina, del Tíber, sábese que ha tenido que salir de allí, disfrazado y solo, el romano Pontífice: aquel amado varon, aquella autoridad misma que, con su sacro acento, había despertado en el liberalismo europeo esperanzas tan plácidas, dejando ya á este detrás de sí por declarado enemigo, y aun por vencedor entonces. No de otra suerte huyó de allí mismo algun día la autoridad secular del imperio de Augusto y Constantino, cuando los muros malhadados de Puerta Salara dejaron penetrar hasta el Capitolio desierto á las hordas de Alarico sangrientas. Y todo cuanto digo, aunque tan espantable, y aunque tan hondamente hiriese los sentimientos de muchos millones de conciencias humanas, como que fué pronto seguido de restauraciones completas ó desde su principio parecía ya con razon inconsistente, todavía preocupó menos á los hombres de mundo y de Estado que la aparición en el órden positivo y real de ciertas opiniones, con general indiferencia hasta entonces oídas, y que tomaron de repente en aquel punto el carácter apremiante de problemas sociales. Nada hubo que tan profundo miedo infundiera al fin en aquel tiempo.» Y á la verdad, como deja muy bien comprender el señor Cánovas, una de las causas principales del miedo fué la novedad imprevista del fenómeno que le motivaba. Publicistas y pensadores había en España que, aunque no creyesen tan cercana la aparición activa del socialismo, conocían sus teóricas especulaciones, habían leído á Luis Blanc, á Fourier, á Proudhon, á Considérant, á Cabet, á Owen y á otros reformistas sociales, y sabían su propósito comun de modificar las instituciones para mejorar la condicion moral y material de las clases mas numerosas y necesitadas; pero la generalidad de los españoles no se había fijado en tales doctrinas y si algo de ello había visto ó leído lo había confundido con sanos y pacíficos intentos de caridad cristiana. Esto era tan evidente que en España se había difundido el socialismo ignorando que fuese socialismo aquellos que le difundían. Periódicos, por ejemplo, tan conservadores como *El Heraldo* habían publicado en sus folletines las traducciones de *El Judío Errante* y de *Martin el Expositivo*. Grandes hubieron de ser, pues, la maravilla y el terror, al ver de repente al socialismo mezclándose en las revoluciones y tratando de triunfar con ellas.

Los hombres mas pensadores del partido conservador, que son casi siempre los que tienen peor opinion de su país, empezaron á temer en seguida que el socialismo iba á propagarse en España y hasta que ya se estaba propagando para producir los males mas inauditos. Donoso Cortés, en una carta al diplomático conde Raczynski le dice: «Jamás me han engañado las apariencias de tranquilidad y de calma en España,

La nacion corrompida hasta los tuétanos, abajo y arriba, debe fatalmente sucumbir un día de una manera ó de otra. Se cree por lo comun que el socialismo no ha penetrado en España: error, error profundo. El día en que se rompan los diques, vereis aquí mas socialistas que en París, y me preguntareis con espanto de dónde han salido esos monstruos. En España toda novedad penetra al instante, y todo lo que penetra llega al punto á la exageración. El carácter histórico de los españoles es la exageración en todo. Nosotros hemos exagerado los vicios y las virtudes, las cosas grandes y las pequeñas. Hemos exagerado la perseverancia hasta luchar durante siete siglos contra los moros; hemos exagerado el odio de razas hasta exterminar á los judíos; hemos exagerado el sentimiento religioso hasta inventar la inquisición; y no nos faltaba mas que exagerar el socialismo y lo exageraremos tambien. Entonces vereis lo que son los españoles cuando se apasionan de una idea, sea buena ó mala.»

Prescindiendo de la exageración española, si no inventada, exagerada por la fantasía de Donoso, es evidente el gran terror que inspiró el socialismo y hasta que había fundamento razonable para este terror. El aumentó el que ya se tenía á la demagogia y á las revoluciones; movió los ánimos en favor de Narvaez considerándole como un salvador, y las gentes dichosas y ricas bendijeron su dictadura. No bastándose, empero, esta defensa humana, quisieron hallar otra sobrenatural ó divina, y de aquí la recrudescencia, en la mayor parte afectada, del espíritu religioso. Contra la revolución no había armas que no fuera necesario esgrimir. Además de los sablazos y de las excomuniones se apeló á los argumentos científicos. Así como en Francia, los políticos Guizot y Thiers, y los economistas Blanc y Bastiat, escribían obras contra el socialismo, nosotros quisimos escribirlas tambien y no ser menos. Movido por este propósito, dió en el Ateneo, en el curso de 1848 á 1849, sus lecciones contra el socialismo el inspirado y poético Pastor Díaz. Extraordinarios son la elocuencia del estilo, la originalidad de las ideas y el superior talento que despliega el autor de este libro, así como la habilidad de hablista con que amolda y maneja nuestro idioma para expresar en él razonamientos sutiles y filosóficos, en que durante siglos se había empleado poquísimo; pero Pastor Díaz, lo mismo que mas tarde Donoso Cortés, al combatir el error del socialismo, cae tambien en otro error. El de Pastor Díaz, segun el señor Cánovas lo hace notar claramente, estriba en dar á la sociedad un valer por sí de que la sociedad carece. El señor Cánovas se revuelve con atinado brio contra este socialismo de Pastor Díaz, y nosotros, adoptando sus razones y hasta sus palabras, le combatimos con él: «La sociedad, dice el señor Cánovas, viene á ser como otra atmósfera, fuera de la cual no podría habitar el hombre: en ella como que respira su inteligencia; con el contacto de ella se forman, se completan, se renuevan, se perfeccionan sus ideas: sin ella serian inútiles no pocas de las facultades humanas, y otras no llegarían á desarrollarse siquiera. Mas con todo eso, no está hecho el hombre, en mi opinion, y en la de muchos, para la sociedad, sino la sociedad para el hombre; el hombre, y no la sociedad, es quien está formado á semejanza de Dios, segun el libro santo; en cada hombre hay no tanto sino mas libre albedrío que en la sociedad entera; y cualquier hombre solo es mas responsable de sus propias acciones, y es moralmente mas grande, por lo mismo, que todo el género humano, cuando obra en asociación y en conjunto. La doctrina opuesta no es mas al cabo que la de Hegel y sus discípulos, que hacen del Estado, voz y brazo de la sociedad, un sér aparte y distinto de cualquiera otro; dotado de naturaleza y carácter propio y de derechos especiales, que nadie debe ni puede nadie quitarle; por sí mismo subsistente, inmutable, absoluto: ella ha conducido á muchos, no tan íntimamente religiosos como Pastor Díaz, al panteísmo; y como por la mano lleva á la tiranía.»

Así se declara francamente individualista el señor Cánovas y nosotros con él; pero el socialismo de Pastor Díaz era por muy diversa manera del que entonces predicaba la revolución y quería hacer prevalecer en el gobierno de las naciones. Lo que predicaba Pastor Díaz, sin querer apostatar nunca de

su antiguo liberalismo, antes tratando de conciliarle con la fe en lo sobrenatural, era el poder salvador de la religion de nuestros mayores y de la Iglesia católica, única incontrastable defensa contra el inmenso peligro que al estado social amenazaba. Pastor Díaz, con todo, segun hemos dicho, perseveraba en ser liberal; pero no como él la mayoría de los prohombres conservadores de entonces, cada vez mas inclinados, por contraposición á las ideas revolucionarias, á un absolutismo mas ó menos vergonzante. Y decimos vergonzante, no porque se recatasen de ejercerle, ni de excitar á Narvaez para que le ejerciera, ni de aplaudirle cuando le ejerciera, sino porque solían echar la culpa de todo á las circunstancias excepcionales y así creían dejar en salvo los principios.

Un extranjero discreto, el ya citado conde Raczynski, primer ministro que envió á Madrid el Rey de Prusia, despues de habernos reconocido, juzgando con la natural imparcialidad, como quien tan extraño era á nuestras contiendas, da de la situación de España entonces una idea, tal vez sobrado triste, pero verdadera en lo esencial y en el fondo. En sus apuntes, cartas y despachos, recientemente publicados, juzga tambien á Narvaez encomiándole de cierta manera, aunque no sea envidiable el encomio.

«Difícil será encontrar, dice, en parte alguna como aquí una voluntad mas decidida á luchar contra las tendencias revolucionarias y una apreciación mas justa de los resultados á donde llevan las concesiones á esta fatal corriente.» «No existe gobierno menos liberal, dice en otra parte, que el gobierno actual de España. Todos los hombres que le componen se burlan, en la intimidad, de las palabras *libertad* y *garantías*, pero no cesan de proclamarlas santas en sus discursos y en sus manifestaciones oficiales.» El diplomático prusiano, que nada tenía de liberal, no censuraba en el gobierno español la falta de liberalismo. Lo que censuraba, lo que apenas podía comprender, era la contradicción entre la conducta y las doctrinas, achacándola á una hipocresía rara, nacida de la fuerza de la costumbre. El diplomático, por lo demás, se entusiasma con que el gobierno español sea tan decidido campeón del órden y tan firme en la resistencia. «Mientras que Alemania, añade, ha sido arrastrada casi sin lucha en el movimiento demagógico de París, mientras que en Francfort y en Roma esfuerzos semejantes se han producido casi sin hallar obstáculos, España ha sabido aislarse y ponerse al abrigo de este contagio funesto. Yo no sé si el ejemplo del general Narvaez ha influido en la conducta de los generales y de las tropas que han domado la revolución en Praga, en Francfort y en Viena; pero lo cierto es que el general Narvaez ha sido el primero en declarar que los ejércitos son la mas sólida garantía del órden. Antes que en parte alguna se haya domado á la revolución por la fuerza, en España la revolución se ha roto la cabeza contra la del general Narvaez que la tenía mas dura. Además, en todos los acontecimientos que han tenido lugar desde hace un año, ningun gobierno ha dado pruebas de tendencias mas saludables y de juicio mas sano en la apreciación de los hechos.»

Aquí tenemos, pues, al general Narvaez juzgado por un gran señor extranjero, no solo representante, sino valido de su Rey, y persona, en sentir de cuantos le conocían, de clarísimas luces. El general Narvaez se había dado como ejemplo y modelo á la reacción en Europa; era el hermoso espejo en que se miraban Windisgraetz, Jellachich y otros; y tal vez, en las orillas del Rhin y del Danubio, apellidaban *Narvaez austriaco* al Ban de Croacia, como por acá apellidábamos á Narvaez *El Ban de Loja*, altermando este título con el de *Espadon* y otros varios que se le dieron.

Por lo demás, en la pluma del conde prusiano no eran todo elogios para los políticos españoles. Bien conocía, como su frecuente corresponsal Valdegamas, que Narvaez se rodeaba de gente que acabaría por perderle. «Si sigue rodeado, dice Valdegamas, de parásitos como (y aquí los nombres propios que omitimos), se perderá y con él se perderá el país.»

En efecto, la adulación, la vanidad satisfecha, el encumbramiento superior á cuanto podía haber soñado, el creer que le miraban por toda Europa como un dechado de repúblicos



y hasta las primeras oposiciones que empezaron á hacerle, todo esto acabó por malear el carácter de Narvaez y le infundió algo á modo de mareo, desvanecimiento ó vértigo, á semejanza del de aquel que está subido en una grande altura y siente cierto prurito de tirarse desde allí de cabeza. Narvaez por condicion natural era bueno, pero le sucedió lo que á otros hombres que tambien lo eran, al verse halagados repentina y desmesuradamente por la fortuna; le entró, aunque en escala bastante menor, cierto delirio, como el de Masaniello y otros héroes semejantes. De esta suerte, Narvaez aeabó por hacerse insufrible hasta á sus mas íntimos amigos y servidores. Él mismo no se podia sufrir. Se sentia, segun asegura el conde Raczyński, cansado y desanimado, á par que poseido de una extrema agitacion nerviosa que llegaba al paroxismo. Todos sus compañeros de consejo acabaron por no poder aguantarle. «Sartorius, prosigue el conde, ha cesado de considerarse como indisolublemente ligado á la fortuna de aquel que ha hecho la suya. Sartorius conspira; espera reemplazar inmediatamente á Narvaez y piensa en retirarse para dejar al general que naufrague solo y volver luego á ser ministro; pero Sartorius se alucina. Hasta el comisario de la Cruzada, en otro tiempo tan devoto de Narvaez, declara hoy que es imposible vivir con él.»

A tales extremos condujeron á Narvaez el éxito y el engrandecimiento.

Antes de que empecemos á hablar de lo que ocurrió, abiertas ya las Cortes, tendremos que consagrar un capítulo á describir los sucesos, durante el año de 1848, de la guerra civil, empeñada de nuevo en Cataluña por los carlistas y por los partidos liberales extremos.

Ahora, al terminar el período de los nueve meses de omnimoda dictadura de Narvaez, y aunque sea adelantándonos un poco á los sucesos, ya que hemos citado al conde Raczyński, le volveremos á citar, extractando sus apuntes, por mas que sus apreciaciones nos parezcan á veces algo duras contra nosotros, para que se vean y se enumeren los varios elementos, que poco á poco se fueron desatando y concitando contra Narvaez hasta causar su caída: para que se vean las cosas, no diremos que como eran en sí, sino como aparecian á los ojos de los extranjeros, que no querian sernos hostiles.

«La lucha va á empezar entre hombres que la revolucion ha encumbrado rápidamente. Sus antecedentes son idénticos á los de las notabilidades revolucionarias de otros países: no hay que entrar en pormenores.» Aquí transpira el profundo desden del hombre de ilustre nacimiento de un país aristocrático contra nuestros personajes nuevos, que presumen á su vez de aristócratas, olvidados de sus humildes principios. Al leer esto no podemos menos de recordar con sonrisa de lástima á ciertos señores de fresca fecha, que hay en España, y que son anglomanos, cuando en Inglaterra, á nacer ellos ingleses, jamás hubieran llegado á pisar ni la antesala de un lord. «Los hombres *honorables*, prosigue el conde Raczyński, tienen aquí pocas probabilidades de encumbrarse. Por la mayor parte han dejado de aspirar á ello, porque preven que el choque de los partidos los haria trizas y que el bien es imposible por medios buenos. Además, no tienen secuaces sino entre los hombres mas pacíficos y menos aptos para luchar contra ese grupo de personalidades ambiciosas y ávidas de riqueza que tienen tomados y asediados los caminos del poder.»

«La Reina quiere conservar á Narvaez, aunque no sea mas que porque Narvaez pone miedo al Rey; pero lo que es ella no le teme como antes.»

«Antes solo el general Pavía osaba hacer la oposicion á Narvaez. Hoy existe un grupo de generales en evidencia, atrevidos y temidos, que declaran la guerra á su hermano de armas, á su émulo en política moderada y *ambiciosa*. Son estos Lersundi, Oribe, Ros de Olano, Serrano, y principalmente Córdoba, Pavía y Prim... Prim es el mas temerario de los hombres.»

Tambien enumera el conde Raczyński á los puritanos y á otros moderados disidentes, como gran elemento de oposicion contra Narvaez. «Los principales son Benavides, Gonzalez Brabo, Pacheco, Salamanca, su amigo Llorente, y el mas terco, encarnizado, turbulento y audaz de todos, Rios Rosas.»

No hay que decir que el conde Raczyński, cegado tal vez por su orgullo aristocrático y por sus ideas absolutistas, no ve jamás convicciones y principios en nuestros prohombres políticos. Algo contribuiría á este severo y falso juicio una contrariedad muy cómica que el conde experimentó desde que vino á España, y que, creciendo cada vez mas, le desazonó hasta el extremo de abandonar su puesto de España, á pesar del empeño del Rey de Prusia para que siguiese representándole.

Fué la tal contrariedad la de que en los altos círculos oficiales de Madrid nadie tuviese una idea exacta de la importancia de Prusia, que ni en Sadowa ni en Sedan habia vencido todavía. Como nacion distante, nosotros españoles, ocupados con nuestras cosas, apenas nos acordábamos de ella para nada. Esto no podia llevarlo con paciencia el conde Raczyński. Y lo que mas tarde acabó de exasperarle, fué la ignorancia ó indiferencia que mostraba, respecto á la grandeza prusiana, el marqués de Miraflores. Una vez dijo canderosamente al conde Raczyński que los negocios importantes se trataban en Viena y no en Berlin. Esto acabó de decidir al conde á irse de España, pero con tal enojo contra el marqués, que á pesar de lo mesurado y suave que era el conde, llega á decir, con notoria injusticia, que dos cosas le aturdirían y pasaban por su grandeza, aunque las veia de diario: el firmamento estrellado y la sencillez del marqués de Miraflores.

## CAPITULO II

Guerra civil en Cataluña durante los años de 1848 y 1849.

Los motines, pronunciamientos ó sublevaciones, pueden dividirse en urbanos y rústicos. En España, sobre todo en estos últimos tiempos, es notable la diferencia que entre ellos media. En los urbanos casi nunca interviene el paisanaje como no sea en cortísimo número ó cuando ya va de vencida el gobierno á quien se combate, y se trata de darle el puntillazo ó golpe de gracia. Los urbanos son tambien súbitos ó agudos. Duran uno, dos ó tres dias á lo mas; y, vencidos ó vencedores, acaban. Por el contrario, las sublevaciones que ocurren en el campo suelen contar con mas paisanos que militares en sus huestes; y, merced á la terquedad del carácter español, al ningun regalo y pocas comodidades de que solemos gozar en nuestras casas y á nuestra aficion á la vida rota y vagabunda, duran años y años.

En el de 1848, al abrirse las Cortes, la guerra continuaba en Cataluña; pero Narvaez se empeñó en decir á las Cortes que habia terminado, y así lo dijo. Al decirlo, no engañaba por completo al país. Lo que, al terminar el año de 1847 y al empezar el de 1848, habia en Cataluña no se puede decir que fuese una verdadera guerra; pero tampoco era paz y tranquilidad, sino disgusto y sobresalto continuo, merced á no pocas bandas de forajidos que vagaban aun por varias comarcas.

Si el gobierno habló de la pacificacion de Cataluña, no fué engaño, sino error. El gobierno mismo creyó pacífico el Principado y hasta disminuyó las fuerzas del ejército que allí habia, á pesar de las quejas y observaciones del general Pavía, receloso de que la guerra se renovase con mas ardor en la primavera siguiente.

Muy pronto, en efecto, y antes de que llegase la primavera, los montemolinistas, envalentonados, se atrevieron á mayores empresas. En la noche del 21 de febrero, unos cuatrocientos, al mando de Caletus, Castells y Borges, entraron por sorpresa en la villa de Igualada, que cuenta mas de doce mil almas de poblacion y tenia entonces para su defensa gran número de soldados. Esto no impidió que los montemolinistas se paseasen á su sabor por el pueblo, asesinasen á varias personas, se llevasen prisioneras á otras, y se retirasen en buen orden, despues de cruzar con la guarnicion algunos tiros, es de suponer que inocentes. Si no se llevaron los fondos del ayuntamiento fué porque no los hallaron.

Sorpresas por el estilo hubo con frecuencia en otros puntos, resultando de ellas robos y asesinatos, ó bien que los facciosos se llevasen secuestradas á algunas personas ricas para pedir dinero por el rescate.

Por cierto que las víctimas pacíficas de estas fechorías no habian de estar muy satisfechas del orden, de la seguridad y del reposo, que la gloriosa dictadura del salvador Narvaez les iba proporcionando.

Otro encanto que la situacion debia de tener en Cataluña para los neutrales y amigos de la paz era que el mismo gobierno, que no los amparaba, quisiese hacerlos responsables y hasta les imputase á delito su propio infortunio y la miedosa resignacion con que pagaban multas y contribuciones que los montemolinistas imponian y hasta el precio del rescate de las personas que se llevaban secuestradas.

Con la impunidad y buen éxito de estas tentativas, los carlistas fueron cobrando ánimo y volviendo á organizarse. Pronto aparecieron nuevos caudillos entre los cuales se distinguia don José Masgoret, que habia llegado á general en la guerra anterior y que publicó una proclama que en cierto modo da distinto carácter á la nueva guerra. En ella se acusa al gobierno de Isabel II de engañar á los pueblos con las vanas palabras de libertad, prosperidad, civilizacion, orden y progreso, cuando no le da sino decadencia, desmoralizacion y tiranía; y en ella se le acusa además de que sobre las ruinas de la riqueza pública levante fortunas colosales y escandalosas para ser trasportadas al extranjero y hasta de que consenta en que la corte gaste para divertirse en una sola noche enormes cantidades. A fin de remediar todas estas miserias, que infestan y envilecen á la nacion, no hay mejor medio, en sentir del autor de la proclama, que el de hacer Rey á don Carlos VI.

La proclama de Masgoret era del dia primero de abril; y, para que todo fuese completo, al dia siguiente apareció otra proclama republicana en la provincia de Gerona, firmada por don Francisco Ballera. Los males denunciados en esta proclama eran los mismos; pero el remedio era algo diferente, ya que se trataba de establecer la república, aunque bajo los auspicios de otro Borbon, del ciudadano Enrique María, á fin, sin duda, de que todo se quedase en la familia y de que hasta los republicanos fuesen dinásticos.

Con el refuerzo de estos nuevos caudillos y con los hombres que entraron por la frontera de Francia, emigrados españoles unos, franceses no pocos, todos con armas y algunos á caballo, la guerra tomó en seguida lamentable incremento.

Insufrible y cansado seria seguirla en todos sus pormenores; seria narrar una serie de actos semejantes, sin plan y sin concierto casi siempre: sorpresas, escaramuzas en que morian unos cuantos, é irrupcion repentina de los facciosos en las poblaciones descuidadas ó inermes, saqueando, apaleando y matando, y hasta llevándose en rehenes á los ricos para exigir luego el rescate.

Esta gran calamidad de la guerra civil se debió casi exclusivamente al partido montemolinista. El republicano, á pesar del favor del ciudadano Enrique María de Borbon y de la proclama de Ballera, apenas tuvo séquito. En cambio los montemolinistas en armas seguian apareciendo en Cataluña, ó venidos de la emigracion ó saliendo allí mismo de sus casas, y el general Pavía, á pesar de algunos triunfos parciales sobre Castells y otros cabecillas, declaraba que la guerra amenazaba tomar mas serias proporciones, y pedia, en el mes de junio, mayores fuerzas al gobierno para sofocarla.

Entre tanto, don Carlos, protegido por el gobierno inglés, juzgó propicia la ocasion para hacer un llamamiento general y renovar la guerra por todas partes.

La primera tentativa fué en Guipúzcoa. Don Joaquin Julian de Alzáa, general desde la primera guerra, fué el encargado de hacer el levantamiento. El plan estaba bien concertado. Alzáa debia apoderarse de Tolosa y de sus autoridades, durante la desordenada alegría de una fiesta popular. Para ello creia contar con suficientes recursos, pero los recursos le faltaron. Sus compatriotas, por dicha, estaban fatigados de guerra. Las autoridades, por otra parte, fueron prevenidas á tiempo. Errado aquel golpe, Alzáa tuvo que huir, al frente de una pequeña partida de los mas comprometidos y fieles. Perseguido sin descanso el coronel Damato, y, despues de varias correrías, cayó Alzáa en poder de un miquelete, y fué fusilado

el dia 3 de julio. Así acabó por entonces en Guipúzcoa la insurreccion montemolinista.

En Navarra, no tuvo mejor éxito que en Guipúzcoa la tentativa de insurreccion. Los navarros tambien estaban hartos de guerra y respondieron muy poco á las excitaciones del general don Joaquin Elío, que no llegó á entrar en España. Hubo, sí, varias partidas, al mando de Zabaleta, Ripalda, Zurbiri y otros, que todas ellas sumarian unos mil hombres en armas; pero, no hallando apoyo ni calor en el país y perseguidos sin descanso por el general Villalonga, tuvieron que disolverse. Cerca de cuatrocientos se internaron en Francia; unos doscientos se acogieron á indulto; y los demás se volvieron muy tranquilos á sus hogares, como si fuera el sublevarse la cosa mas natural y sencilla del mundo. Se calcula que esta sublevacion de Navarra costaria á los facciosos sobre veinte muertos y treinta heridos.

Cataluña era, pues, á la sazón, el único teatro posible para la guerra montemolinista; y el célebre don Ramon Cabrera, muy otro del que habia sido en anteriores campañas, tuvo que pasar á Cataluña á dar pábulo y vigor á la nueva lucha, quizás con mas disgusto que esperanzas, y solo para obedecer las órdenes de su soberano.

Cabrera volvió á entrar en España en la noche del 23 de junio. Venia acompañado de su estado mayor y de veinticinco ordenanzas. El 26 se hallaba ya á siete leguas de Barcelona, reuniendo en torno suyo mas de mil hombres de diversas partidas que habia convocado.

Como hemos dicho, Cabrera habia cambiado durante la emigracion. Su larga estancia en Lóndres y en París habia suavizado la aspereza de su carácter y habia abierto mas anchos horizontes á su inteligencia ruda y sin cultivo. Venia, pues, en esta ocasion lleno de filantropía y de dulzura que se contraponian á su antigua crueldad y fiereza. En la primera proclama que dió, decia entre otras cosas: «Mirad en cada uno de vuestros compatriotas pacíficos, cualquiera que sea su opinion, un padre, un amigo, un protector: en cada enemigo rendido, un hermano, un compañero. Jamás olvideis que la sangre es el tesoro mas precioso de las naciones: conservad la de los enemigos aunque sea á costa de la propia y contad de seguro con la recompensa. La clemencia ha de ser siempre vuestra divisa.»

Y no habia cambiado solamente Cabrera en punto á sentimientos filantrópicos, sino tambien en ideas y doctrinas, dejando traslucir á veces, á través de la confusion nebulosa en que las suyas debian de estar en su cerebro, algo de resabios ó dejos liberalescos y hasta libre-pensadores. En prueba de ello se da por evidente que las primeras palabras que dirigió á sus soldados, al entrar en España, fueron estas: «Nuestros pasos tienen que ser muy distintos de los de otros tiempos. La época de los frailes, de la inquisicion y del despotismo, ha pasado.»

Con semejante aserto Cabrera ganaba y perdía á la vez; pero era mas lo que perdía que lo que ganaba. Con semejante aserto borraba en gran parte el lema de su bandera y amenaguaba los motivos que le llevaban á desnudar la espada y á emprender nueva lucha. En cambio, mostrándose como se mostraba menos intransigente, le era mas fácil concertarse, aunque solo fuera para el ataque, con todos los enemigos del gobierno, ora fuesen republicanos, ora progresistas. Notable ventaja era esta, pero todavía nació del nuevo modo de ser de Cabrera, una desventaja grandísima, que promovió la maledicencia y que algo hubo de contribuir á que acudiesen bajo la bandera de Cabrera muchas menos personas de las que él esperaba. Se hizo correr la voz de que Montemolin, en pago del auxilio que Inglaterra le daba, habia estipulado con aquella nacion, para cuando llegase el dia del triunfo, un tratado de comercio muy libre-cambista, lo cual hubo de sobresaltar por extremo á los proteccionistas catalanes, cuya industria requiere, para competir con la extranjera, grandes derechos de importacion á fin de nivelar los precios.

De todos modos, ó por las razones indicadas ó mas bien porque el fanatismo político y religioso se habia ido amortiguando durante los años de paz, es lo cierto que Cabrera no fué recibido como esperaba y tuvo un triste desencanto. Tal vez